

Los ocho sueños de Serafina

Algunos de los nombres que aquí se mencionan son "reales".
Todos los acontecimientos son imaginarios.

Los bolsos fueron muchos y de muchos colores también, pero sus favoritos siempre fueron los de color azul. Todos fueron de esos bolsos en los que sin importar lo que estuvieras buscando, siempre te costaría encontrarlo. Cuando buscaba el labial encontraba el billete y cuando buscaba el billete encontraba las llaves. Da igual cuál fuera el objeto, para el caso era lo mismo, excepto por tres cosas. Ni siquiera necesitaba mirar, bastaba con meter su mano para poder sacarlas en el momento en el ella que quisiera. El primero de ellos en realidad nunca lo quiso sacar, tenía que hacerlo. En defensa de Jorge, era una de sus mejores fotos. Lucía fuerte y respetable pero a la vez noble y amable. Mención aparte merecía su bigote que estaba en el tercer día luego de que lo había recortado, que era como más le gustaba a él. Siempre aseguró que para el segundo día aún se veía mocho y que para el cuarto ya se veía desarreglado. En fin, la fotografía habitaba en la bolsa de Serafina y junto con ella hacía el viaje del estado de Mezcala a ciudades de otros estados, principalmente a Ciudad de México. Ahí trabaja durante dos o tres noches a la semana y luego era llevada de regreso a su casa. Su marido Jorge, o el señor Ibargüengoitia como era conocido en todos lados, era de ese tipo de hombres al que no le pesaba que algunos calificaran de despreciable. Es por eso que ya no le preocupaba que en el estado de Mezcala corriera la voz de que cada que se iba a Ciudad de México con su esposa era para prostituirla junto con el resto de "su equipo de trabajo", entre empresarios y políticos de los que no había acá. La otra razón por la que no le preocupaba es porque se trataba de la verdad. Pero la foto. Sí, la foto que vivía en los bolsos que fueron y vinieron a través de los años. La razón era simple: Jorge no tenía problema con que Serafina estuviera con otros hombres (y él cobrara por ello) siempre y cuando ella recordara quién era su verdadero dueño. En noches aleatorias Jorge le pedía a Serafina que le enseñara su bolso y la foto dentro de él para comprobar que seguía perteneciéndole. La segunda cosa que Serafina podía encontrar con los ojos cerrados eran sus pastillas para dormir. Apenas salió el sol tras su noche de bodas, y Serafina ya sabía lo que era el insomnio. Sin embargo, nunca tomó ni una de las 30 pastillas que había en esa caja. Ni siquiera la abrió. Finalmente en aquellos bolsos entre maquillaje y quién sabe qué, estaba un pequeño estuche y dentro de él un listón azul; no tan azul como un día fue, pero aún azul. El listón llevaba en este mundo más tiempo que Serafina. El primer registro que supuestamente (porque la foto es en blanco y negro) se tiene de él es una foto vieja en la que aparece la abuela de Serafina, Arcángela, cuando niña usando el listón en su cabeza. Serafina lo recuerda así: "Tenía no más de 6. Mi abuela se acercó, me peinó y me puso su listón en mi cabeza. Me dijo que pasara lo que pasara siempre sería su princesa".

PD. El calificativo de "villana", Serafina se lo ganó de las veces que tomaba dinero de las carteras de los hombres con los que era obligada a trabajar, cuando se quedaban dormidos. Siempre lo vio como el mínimo gesto de justicia.

El de los carriles de sangre o los cinco pintores muertos

La manera en la que Jorge Ibargüengoitia se llenó de dinero y poder a través de los años es muy variada. Una de ellas fue su carrera política. Cuando se convirtió en alcalde de San Pedro de las Corrientes tuvo una meta clara: quedarse con todo el dinero que pudiera. Nada raro para un político, pero hubo ocasiones en las que fue protagonista de historias que vale la pena rescatar.

Cuando el alcalde Ibargüengoitia tomó posesión, las señales de tránsito y las líneas de las calles estaban ya un poco desmejoradas. San Pedro era uno de los municipios más olvidados del estado de Mezcala pero de vez en cuando al gobierno del estado le daba por irse a dar una vuelta. Cuando eso pasó, exigieron a don Jorge que se encargara de darle pintura nueva a las señales y al pavimento. Lo primero que el alcalde pensó, al igual que siempre, fue en la manera de poder pedir más dinero y gastarse el menos posible.

Moral aparte, debe reconocerse que el plan de Jorge fue muy bueno y muy efectivo, excepto por una cosa: la comida.

En el afán de pedir un presupuesto mayor, Jorge sugirió al gobierno del estado que luego de que las obras se terminaran, se ofreciera un baile para los trabajadores, como reconocimiento por su labor a la comunidad. Entre otras cosas pidió tres puercos, que ciertamente fueron conseguidos y cocinados, pero en realidad se sirvieron en la primera comunión de un sobrino de Jorge. Para los trabajadores hubo frijoles y tortillas.

La historia de los 15 kg de frijoles con los que alimentaron a los trabajadores no era la mejor, pues eran parte de un lote de 50 kg que jamás se puso en venta por estar infectado por un insecticida que se regó en exceso. ¿Que si Jorge lo sabía? Claro que lo sabía pero confió de más en que los estómagos de los trabajadores podrían ser inhumanos.

Al segundo día de trabajo los trabajadores regresaron con un mal en el estómago en común, pero también con hambre y con la necesidad de realizar su labor por lo que volvieron a comer los frijoles. Jorge fue notificado del malestar de los trabajadores y supo a qué se debía pero los obligó a seguir trabajando así.

Serafina supo lo que pasó y siente culpa, igual que siempre igual que por todo. Ahora sueña con los trabajadores pintando la calle con su sangre y no con pintura. En el sueño aparece Jorge y ve lo está pasando, su respuesta es exigirles que terminen el trabajo. Ellos lo hacen y terminan, cansados, desgastados asqueados y muertos.

Volvamos a la realidad para recordar que para la tercera noche, de los 24 trabajadores, cinco no resistieron, su estómago no pudo más y se desangraron por dentro.

La pintura amarró bien, aún se sigue viendo el rojo.

El de la campaña de un zombi o la reelección de Jorge Ibargüengoitia

"Los muertos vivientes casi no se cuentan pero cuentan mucho"

Sí, esa fue la campaña, así de simple, así de rápida. Aunque hay que reconocer que requirió bastante talacha y mucha mordedera. El zombi Ibargüengoitia hacía mucho que había sido mordido y ahora mordía la gente más influyente de San Pedro. Policías, doctores, sacerdotes, profesores, etc., ahora todos caminaban babeando sangre y con sed de más sangre y de más miembros. Uno a uno fueron mordiendo a los pobladores de San Pedro. Para el día de la elección casi todos habían sido mordidos y estaban moribundos.

En un lugar de zombis, ganó el zombi. Así lo soñó Serafina y si pensara en cómo pasó en realidad, no dista mucho. Jorge Ibargüengoitia se comió con amenazas y miedo a todo San Pedro, y se convirtió de nuevo en alcalde.

El de la mafia china o la primera noche de trabajo

Serafina perdió a su abuela cuando tenía poco más de 12 años. Hasta ese entonces sus padres no se ocupaban de ella, por lo que no vieron con buenos ojos que la persona que lo hacía, muriera. Es por eso que apenas tuvieron oportunidad de vivir de nuevo sin ella, lo hicieron. Tal vez no lo digan, pero seguro piensan que hay veces que la fortuna toca la puerta.

Cuando Serafina tenía 15, Jorge Ibargüengoitia, aún sin bigote, tocó a la puerta de la antigua casa de los Baladro (obviamente se quedaron con la casa de Arcángela Baladro). Jorge siguió a Serafina hasta la casa luego de verla comprando pan. Sin dudarle, exigió la mano de Serafina y también sin dudarle, sus padres accedieron.

Al cabo de unas semanas se casaron y al cabo de otras más, Serafina viajó por primera vez a Ciudad de México. Jorge le compró un vestido y unas zapatillas con las que Serafina batalló un poco. La ocasión: una empresa de ropa liderada por hijos de inmigrantes chinos cumplía 100 años de haber sido fundada, aunque en realidad solo había operado durante 30 de esos 100.

La cara de cansancio que Serafina cargaba, molestó un poco a Jorge, por lo que le negó comer durante toda la noche.

Durante las primeras dos horas, Jorge fue presentando a Serafina a prácticamente cada uno de los invitados de la fiesta.

Más avanzada la noche, Jorge llevó a Serafina a un cuarto y le pidió que se quitara la ropa. Le dijo que hiciera todo lo que le pidieran sin quejarse o se las vería con él.

Serafina sabe que el sueño y el recuerdo son prácticamente iguales. La única diferencia es que cuando tiene este sueño, Serafina empieza a llorar desde el principio y no luego de que el primer hombre de la noche se levantara de ella y silbara para que viniera el siguiente. Este proceso se repitió seis veces.

Al pasar de los años Serafina lloraba y reía por igual cuando platicaba a las integrantes del "equipo de trabajo" que se ganaban su confianza, sobre su primer día de trabajo y la mafia china. Le gustaba terminar el relato mencionando que en realidad solo dos de los al menos 100 invitados a la fiesta, tenían ascendencia oriental.

El del repartidor de comida o los primeros trabajos de Jorge

Para los años mozos de Jorge, Concepción de Ruíz, su lugar de origen, estaba controlado por el narcotráfico y particularmente por el cártel de aquel lugar, que para no tener pierde se llamaba el Cártel de Concepción, aunque eran más comúnmente conocidos como "Los conchas".

Jorge se inició en el mundo laboral como halcón de Los conchas. Con el paso del tiempo, Jorge fue ascendiendo hasta recibir un arma y dos y tres, y así empezó a contar a sus muertos.

El rumor era cierto, el nuevo gobernante tenía tratos con uno de los Bedoya, por lo que se encargó de desarticular a Los conchas para que el Cártel de los Hermanos Bedoya tomara el control de Concepción. En realidad la transición no fue muy violenta, pues Los conchos eran rebasados de gran manera en número, así que casi todos ellos fueron a la cárcel.

Jorge es de los que huyó a tiempo junto Teófilo cuyo padrino estaban en Acapulco. Ahí llegó Jorge y le consiguieron empleo como repartidor de comida de una tortería, uno de los negocios del padrino de Teófilo. El otro era reclutar jovencitas y retenerlas a la fuerza para explotarlas sexualmente.

El método de entrega de comida de Jorge era sencillo. Durante la tarde y la noche repartía tortas de manera normal donde fuera necesario. Pero durante la mañana las llevaba a la propia casa donde las mujeres del padrino de Teófilo vivían. Poco antes de llegar pasaba por un restaurante con vista al mar que tenía música en vivo para el desayuno. Luego cruzaba la avenida y subía una pendiente, poco antes echaba unas gotas de algo que mantenía a las mujeres dormidas durante todo el día. Así es mejor decía el padrino, para que no estuvieran chingando.

Antes de que Jorge se casara con Serafina, él le platicó que solía trabajar repartiendo comida y que siempre pasaba por un restaurante donde había vista al mar y tocaban música en vivo. Le prometió que la llevaría. Esa fue la única vez que Serafina tuvo la ilusión de ser feliz con Jorge.

Serafina se sueña sola, desayunando, escuchando música y viendo hacia al mar.

El de la plástica del bigote y la cera o la golpiza a Serafina

—¿Estás seguro de que hoy no?

—Sí, estoy seguro. Ni siquiera te calientes. No te voy a necesitar.

—Perdón. Sé que la última vez te dolió mucho. No fue mi intención.

—No, no es eso. Solo no me iré para ver si así le da asco a él y la deja en paz.

—Sabes que cuando me necesites, yo aquí voy a estar.

—Algún día lo haré, y será para hacerla feliz a ella, no a él.

Serafina creyó que era buena idea no depilarse el bigote para que le picara a Jorge al besarla antes de querer obligarla a tener sexo. Al sexo de todos modos la obligó, pero terminó con la cara golpeada.

El del menú de cortes de carne de ángeles o las muertas de Serafina

"Filete de vacío de estómago"

"Abdomen en salsa de sangre"

"Cuello cubierto de dedos estranguladores"

"Rostro al golpe infinito"

Las pérdidas fueron más. Pero Serafina siempre recuerda a las cuatro que más quería. Una murió de hambre, otra apuñalada por Jorge, una más ahorcada por un cliente y la última también la mató Jorge pero a golpes.

Cuando les reza, Serafina las llama ángeles. Sigue sin entender por qué sueña ese menú. Cree que es la culpa, esa que se ganó sin ser la culpable.

El de las capacidades diferentes o el de la despedida

Este sueño de serafina trata de una escuela en la que enseñan a reahabilitarse. La discapacidad de Jorge es no verla, no escucharla y no sentirla. Poco a poco, Jorge descubrirá que Serafina tiene la manera perfecta para hacerlo verla, escucharla y sentirla otra vez. Porque quitarle su discapacidad se convertirá en la mejor forma de poderse vengar.

El del bote de basura de la princesa o del que ya no despertó

Serafina está en la torre más alta del castillo. Luce radiante, hermosa y feliz. Su vestido es azul y su espejo no deja de insistirle en lo bonita que es.

Serafina sabe que un día lloró pero ya no recuerda cómo se siente. Ya no recuerda el dolor. El monstruo se fue, el monstruo se fue.

Serafina mira su habitación, todo está bien, todo está en paz. Solo resta sacar la basura. En el bote hay tres objetos: la foto de Jorge, la caja vacía de las pastillas para dormir y el estuche donde guardaba el listón azul.

Toca su cabello, todo está bien. Siente el listón, se acerca al espejo y lo ve. Piensa en su abuela y es su princesa otra vez.

Resulta incierto llamarle familia a Serafina y Jorge pero sus últimos 30 días fueron así: Jorge sabía que morir congelado por el enfriamiento del sol era largo y doloroso. Busco desesperado la manera de salvarse después entendió que no había ninguna, entonces buscó cómo no sufrir. Sin encontrar cómo quitarse la vida, esculcó el bolso de Serafina, encontró las pastillas y le hizo prometerle que tomarían sendas mitades. Para cuando Jorge entró al cuarto, ya no había pastillas en la caja. Serafina tuvo ocho sueños antes de morir, Jorge tuvo que agonizar durante 29 días más.